

AGENDA PERÚ

Al congregarnos para meditar y dialogar sobre los caminos futuros que se abren para nuestro país, es inevitable hacerlo con la mente puesta en la ominosa crisis en la que nuestra comunidad política se ha visto sumida en los últimos años, crisis precipitada en las semanas recientes en peripecias inauditas que, finalmente, nos sitúan ante un nuevo panorama. Tenemos hoy ante nuestros ojos un horizonte más claro, es cierto: el de la posibilidad de enrumbar nuevamente por caminos democráticos. Sin embargo, también nos queda como obligación ineludible la de analizar qué equívocos, qué omisiones, qué errores de apreciación y de juicio moral nos precipitaron en la fosa de descomposición política que hoy queremos dejar atrás.

A la luz de nuestra historia reciente parecería que en el Perú siempre resulta una osadía embarcarse en prospectivas de largo aliento. Tenemos la sensación de estar secuestrados por la contingencia, de hallarnos condenados a ver desbaratadas nuestras ilusiones colectivas más valiosas, nuestros proyectos nacionales más trascendentes, por esos repetidos

accidentes – golpes de mano, aventuras personales, exorbitantes intereses de facción – que hacen la pequeña historia de las naciones.

Reparemos, a manera de ejemplo, en lo siguiente: este año deberíamos estar haciendo el balance de dos décadas de democracia. Sin embargo, nos hallamos considerando una vez más problemas que deberían ser parte del pasado. Visto así, nuestro panorama social parece ser una nueva puesta en escena del mito de Sísifo, a quien, como sabemos, se condenó a subir eternamente hasta la cima de una colina una pesada piedra, la cual, una vez llegada a su destino, volvía a despeñarse.

No obstante, sería un grave error tomar estos hechos y accidentes como razón para refugiarnos en un cómodo escepticismo y renunciar a la propuesta de metas y vías para nuestra colectividad. La tarea y el deber moral del intelectual es, precisamente, situarse en un plano superior de realismo; no en aquél que se resigna al peso muerto de lo fáctico, sino en aquella disposición mental que, asumiendo los hechos tal como son, sabe insertarlos en una trama de significados y posibilidades no menos reales.

Me refiero, por cierto a esos esfuerzos de comprensión y análisis que, a la par que nos permiten atender las urgencias cotidianas, posibilitan también el que esbochemos un modelo social permanente. Es esa, precisamente, la tarea que viene cumpliendo tesoneramente Agenda Perú desde hace casi ocho años, lapso que coincide con importantes cambios y también amargas experiencias en la Nación, fenómenos que no apartaron

de sus metas a los intelectuales reunidos en este esfuerzo de auscultación de nuestro cuerpo social.

La perspectiva de Agenda Perú se sitúa en una dimensión que desde la Universidad no vacilamos en compartir; es el horizonte de la institucionalidad como espacio desde el cual el bienestar, la democracia, la paz social, la justicia y, en fin, el desarrollo llegarán a ser conquistas duraderas y colectivas, no éxitos efímeros ni preseas para el aprovechamiento egoísta.

Debemos tener presente en esta hora que nuestro anhelo de un sistema democrático pleno, sostenido en instituciones firmes y en una conciencia cívica que comprometa a todos los ciudadanos, fue nuevamente lastimado por un proceso político que se propició y a la vez se benefició del deterioro de las virtudes cívicas. Esa degradación llevó a una porción no desdeñable de la opinión nacional, enervada por sucesivas crisis y hondas dificultades, a tolerar la idea de que es aceptable sacrificar ciertos principios y ciertas buenas maneras a cambio de resultados prácticos.

Creo, sin embargo, que los peruanos hemos aprendido de esta amarga experiencia que los principios democráticos no son obstáculo para el desarrollo, sino más bien la condición que lo hace posible, siempre que hablemos de un desarrollo genuino, aquel que, en la concepción de Amartya Sen, se configura como un espacio para la libertad de todos, y no de sucedáneos relucientes pero en el fondo vacíos.

pues, es fundamental que ella sepa defender su naturaleza genuina, su cualidad de ser espacio de creación, de pensamiento y de crítica y que no condescienda a pensarse como empresa educativa cultivadora del pragmatismo y del éxito inmediato. Al perseverar en su naturaleza original la Universidad cumple su obligación hacia la sociedad, la de proveerla de personas formadas en valores y por tanto comprometidas con la vida democrática y el desarrollo integral del país como entidad sociopolítica, pero sobre todo como realidad eminentemente humana. Ha de entenderse, pues, que la defensa que la Universidad hace de sí misma es en verdad una defensa de la perdurabilidad de las cualidades de una sociedad democrática. Así lo ha entendido la Universidad Católica, que en varias ocasiones se ha pronunciado públicamente y – hay que decirlo con pena – en solitario en contra de la erosión del estado de derecho y de la moral social.

La realidad humana es, por supuesto, múltiple. Y en cada una de las dimensiones que la componen los peruanos tenemos retos que superar y oportunidades que aprovechar. La política democrática, en efecto, no agota nuestra vida colectiva, aunque es la condición sine qua non para que ésta sea rica y saludable.

Como ciudadano peruano y como miembro de una comunidad académica, no puedo menos que sentirme complacido por los esfuerzos cumplidos por Agenda Perú. Por su misma naturaleza, ellos apuntan hacia el futuro y es en ese porvenir que los frutos más plenos de la tarea que han

realizado se verán fielmente cumplidos. Extiendo, pues, mis felicitaciones a sus integrantes y expreso mi agradecimiento a los participantes de estas iluminadoras jornadas, gracias a quienes nos será posible mirar el futuro del Perú con alentadoras perspectivas.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

30-11-2000